

# KTEMA

CIVILISATIONS DE L'ORIENT, DE LA GRÈCE ET DE ROME ANTIQUES

*Publié avec le concours du Centre National de la Recherche Scientifique*

UNIVERSITÉ MARC BLOCH DE STRASBOURG

N° 32

STRASBOURG

2007

## Campañas espartanas olvidadas: Jenofonte y la fase de desgaste de la guerra de Corinto\*

RÉSUMÉ.— Après les grandes batailles hoplitiques de Némée et de Coronée dans l'été 394 av. J.-C., victoires non décisives des Lacédémoniens, la guerre de Corinthe entre dans une phase de relatif enlèvement, mais aussi d'usure et de pillage, qui détruit lentement hommes et ressources des *poleis* concernées. Sur cette guerre, Xénophon est notre principale source – quand il n'est pas la seule. Il s'agit de campagnes « oubliées », à peine héroïques et dignes d'être considérées dans la perspective de l'*éthos* militaire hellénique; mais ces opérations militaires sont assez destructrices dans le domaine économique et déstabilisatrices dans le domaine social pour provoquer, ou rendre plus aiguë, la *stasis* dans l'État qui les subit; de la sorte, ces campagnes peuvent sinon faire basculer une fidélité, du moins émousser une pugnacité.

RESUMEN.— Tras las grandes batallas hoplíticas de Nemea y Coronea en el verano de 394 a.C., victorias no concluyentes de los lacedemonios, la guerra de Corinto entra en una fase de estancamiento, pero a la vez de desgaste y de rapiña, que consumía paulatinamente hombres y recursos de las *póleis* implicadas y para la que Jenofonte es nuestra principal – cuando no única – fuente. Son campañas « olvidadas », escasamente heroicas y dignas desde la perspectiva del *éthos* militar helénico, aunque tan destructivas en el terreno económico y tan desestabilizadoras en el social que pueden provocar o agudizar la *stásis* de quien las padece, de modo que se consigue, si no cambiar su lealtad, al menos limar su beligerancia.

Con colmar el orgullo militar de Esparta e infligir un daño moral a la coalición antilacedemonia, el triunfo de sus armas a comienzos de la guerra de Corinto en los campos de Nemea y Coronea, dos de las más importantes batallas hoplíticas de la historia de Grecia, no trajo consigo ventajas estratégicas, razón por la cual los estudiosos tienden a hablar de victorias técnicas<sup>1</sup>. Por lo menos los lacedemonios habían conservado el respeto de las cuatro potencias enemigas y el de sus propios aliados, ninguno de los cuales hará ya defección en el futuro. Como ya sucediera en la batalla de Mantinea del año 418, Esparta « se había jugado el todo por el todo »<sup>2</sup>, dado que una derrota hubiera supuesto con seguridad el fin de su hegemonía y la desintegración de la liga del Peloponeso. Quien sí vio declinar su prestigio e influencia entre la ciudadanía ateniense, si cabe temporalmente – estará

\* Este trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto «Las sociedades griegas en la guerra de Corinto», financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia (HUM 2004-02095). Agradezco al Dr. Nicolas Richer el paciente escrutinio y las sugerencias realizadas a una primera versión de este artículo.

(1) Un reciente análisis y reconstrucción de sendas batallas, además de un intento de mayor precisión cronológica dentro del verano de 394 a.C. (Nemea en la segunda mitad de julio, Coronea a finales de agosto), en FORNIS 2003.

(2) Son palabras de Alcibiades en Plutarco (*Alcibiades* 15, 2).

varios años sin desempeñar la estrategia –, fue el principal arquitecto de la alianza con Beocia y de una guerra continental que se prometía eficaz y fulminante, Trasibulo de Estiria, cuyo periodo de preeminencia política dejará paso, bien que con solución de continuidad, a otro en el que Conón y la guerra naval concitan el entusiasmo de los atenienses<sup>3</sup>.

Lo cierto es que estas grandes batallas campales dejaron paso a una fase de estancamiento, pero a la vez de desgaste, de rapiña y de «bandillaje»<sup>4</sup>, cuyas operaciones terrestres se ven envueltas en una bruma cronológica, en gran medida porque Jenofonte, nuestra principal – cuando no única – fuente, no se preocupa de establecer una división ni por años ni por estaciones<sup>5</sup>. La situación en el istmo de Corinto, la llave del Peloponeso y por ello mismo crucial para imponerse en la contienda, había llegado a un punto muerto en el que ambos bandos conservaban sus posiciones – los aliados en torno a Corinto, los lacedemonios con base en Sición – y se limitaban a refriegas de escasa entidad y exentas de grandes resultados, siendo el elevado coste económico consumido por guarniciones y mercenarios – es obvio que los ciudadanos campesinos no podían servir de manera permanente fuera de las fronteras y desatender sus campos – el principal gravamen para los contendientes<sup>7</sup>. De esta guerra de «trincheras», escasamente heroica y digna desde el punto de vista del *éthos* militar griego, mas sumamente destructiva en el plano socioeconómico, nos vamos a ocupar en este trabajo.

La consumición de las exangües arcas públicas, factor común a todos los estados beligerantes no fue, sin embargo, el menor de los males de los corintios. La continuidad de esta guerra de baja intensidad conllevó la depredación sistemática de la *chôra* corintia, de por sí insuficiente para abastecer a una densa población, lo que venía a sumarse a la contracción de las rutas y mecanismos de intercambio, tan vitales para una *pólis* marinera y comercial como era Corinto, con las lógicas e inmediatas repercusiones sobre el tejido social de la ciudad, donde las clases pudientes demandaban la paz con los lacedemonios. La inevitable consecuencia será la aparición de la *stásis*, que alcanza su punto culminante en la primavera de 392 con la matanza de aristócratas durante las fiestas en honor de Ártemis Euclea. No obstante, no llegó a establecerse un régimen democrático que pusiera fin a dos siglos de oligarquía, ni un acuerdo de *isopoliteía* con Argos – por el que los ciudadanos de ambas *póleis* disfrutarían de doble ciudadanía –, mucho menos la absorción literal del estado corintio por el argivo, como tendenciosamente interpreta Jenofonte<sup>8</sup>.

En cualquier caso, los aristócratas corintios no podían tolerar esta creciente injerencia argiva en su Estado, así que, posiblemente en agosto de ese mismo año 392<sup>9</sup>, dos de ellos, Pasimelo y

(3) Atinadamente SEAGER 1967, p. 99 ha precisado que, más que de un consciente giro político del *dêmos*, se trata de una reacción popular ante los deméritos del Estirio y su criticismo al coraje de los hoplitas atenienses. Cf. también ACCAMP 1951, p. 98, 100; SEALEY 1956, p. 183; PERLMAN 1968, p. 263; ALFIERI TONINI 1972, p. 130; BUCK 1998, p. 104-105.

(4) Tomo prestada la expresión de TREVES 1937, p. 133.

(5) Seguimos la cronología más aceptada entre la historiografía moderna, la expuesta por Beloch, por entender que es la que mejor se adapta a la secuencia narrativa de Jenofonte, frente a las otras dos opciones posibles: la acuñada por Judeich y seguida entre otros por Momigliano y Wilcken y la propuesta por Meyer y admitida por Kahrstedt y Aucello; véase un resumen crítico de las tres posiciones en AUCELLO 1964.

(6) Información muy útil sobre la topografía del istmo de Corinto, el *diólchos* o camino pavimentado que lo cruzaba – comunicando los golfos Corintio y Saronico –, el santuario de Posidón, los muros levantados en diferentes periodos, así como los principales enclaves y vías que lo surcaban, se encuentra en FOWLER, STILLWELL 1932 y WISEMAN 1978, p. 45-79.

(7) Jenofonte (*Helénicas* IV, 4, 14).

(8) Jenofonte (*Helénicas* IV, 4, 1-6) ; Diodoro (XIV, 92, 1). Para todos estos acontecimientos, véase FORNIS 2001, donde defendíamos que no hubo sino una lucha faccional que llevó al poder a un grupo argolizante respaldado por la guarnición argiva en Corinto, hecho que fue interpretado por Jenofonte, portavoz de la clase privilegiada corintia, expulsada del poder, como una pérdida de identidad, de soberanía e incluso como una absorción del estado corintio por el argivo.

(9) Adoptamos una vez más la cronología propuesta por BELOCH 1923, p. 219-220, la que goza de mayor aceptación entre la historiografía moderna. El año viene definido por la inmediata alusión de Diodoro (XIV, 86, 5) al problema sobre

Alcímenes, trabaron contacto con Praxitas, el polemenco de la *móra* lacedemonia acantonada en Sición, y le propusieron que, con su ayuda desde el interior, sorprendiera a la guarnición y se hiciera con los Muros Largos. Con una longitud de unos tres kilómetros, este circuito de murallas cruzaba la llanura costera para garantizar la vital comunicación entre la ciudad y su principal puerto en el golfo Corintio. Además, con ser importante, la conquista de los Muros Largos podía ser el paso previo de otra aún más valiosa, la de la propia ciudad de Corinto, inexpugnable como ésta era merced a un sistema defensivo semejante al de la Atenas periclea, con recios muros que rodean la ciudad misma, los ya mencionados que llevaban al puerto de Lequeo y unos terceros que conectaban la ciudad con la imponente ciudadela del Acrocorinto<sup>10</sup>. Gracias a este circuito defensivo Corinto controlaba los principales accesos al Istmo, los del oeste, y sólo quedaba abierto un estrecho camino, fácilmente defendible, paralelo a la costa del golfo Sarónico<sup>11</sup>.

Es lógico que Praxitas no dejara pasar la oportunidad y confiara en los dos *áristoi* corintios, que efectivamente de noche y en secreto le franquearon la entrada por la puerta del muro occidental, de donde parte el camino a Sición<sup>12</sup>, aprovechando que ellos mismos montaban guardia. Como sus fuerzas –los seiscientos lacedemonios del batallón, parte de los sicionios y ciento cincuenta exiliados corintios– eran insuficientes para llenar el espacio entre las dos murallas y puesto que a su espalda tenía una guarnición beocia en el puerto, Praxitas ordenó cavar un foso y construir una empalizada delante de ellos para resistir mientras llegaban refuerzos aliados.

El primer día transcurrió sin incidentes, posiblemente debido a que los coligados precisaron un tiempo para organizarse ante el efecto sorpresa, pero el segundo se presentaron los argivos, los corintios y los mercenarios de Ifícrates (acuartelados en el istmo de Corinto), que se encontraron con que Praxitas había formado a sus hombres para la batalla: los lacedemonios en el lado derecho, a continuación los sicionios y en el ala izquierda los exiliados corintios. Frente a ellos, en un número indeterminado pero en cualquier caso claramente superior al de Praxitas y los suyos, los corintios de la ciudad ocuparon el lado izquierdo, los argivos el centro e Ifícrates y sus peltastas<sup>13</sup> el derecho. Confiados en la superioridad numérica, los coligados derrotaron a los sicionios y, tras arrancar la empalizada, los persiguieron hasta el mar, donde mataron a muchos de ellos. En su auxilio llegó Pasímaco, hiparco de la caballería espartana, y algunos jinetes; después de atar los caballos, recogieron los escudos de los sicionios caídos y marcharon contra los argivos, quienes al ver las sigmas de los escudos – los escudos lacedemonios tienen una lambda – pensaron que se

la presidencia de los juegos ístmicos, los cuales, pese a que son colocados erróneamente por el Sículo bajo el arcontado de Eubulides (394/3, por lo tanto en la primavera de 393, algo imposible porque se celebraban en años pares), no pueden ser otros que los de 392 (394 queda descartado porque aún no ha tenido lugar la masacre de las Eucleas, contra la que reaccionan los oligarcas, y 390 porque es demasiado tarde). Que fuera en agosto puede inferirse del dato de que los corintios actúen durante el relevo de la *móra* lacedemonia en Sición, que tenía lugar al comienzo del año civil espartano (véase ACCAME 1951, p. 109 y COOK 1981, p. 387, que citan con aprobación a Beloch). AUCELLO 1964, p. 36-38, que sigue la datación de MEYER 1902, p. 229 ss., cree que Diodoro no supo entender el relato continuo de su fuente, Éforo, y que en realidad estos hechos corresponderían al año 393, el mismo propuesto también por JUDEICH 1926, MOMIGLIANO 1936, p. 98-103 y WILCKEN 1941, p. 4.

(10) Véase FOWLER, STILLWELL 1932, p. 1 ss. y sobre todo CARPENTER, BON 1936, *passim*.

(11) HAMILTON 1979, p. 250.

(12) Acerca de la situación de esta puerta y de la existencia de otras, cf. WISEMAN 1978, p. 85.

(13) A pesar de que Jenofonte no hace precisión alguna, no creemos que las tropas ligeras de Ifícrates trabaran combate como hoplitas, como concluye PRITCHETT 1974, p. 121, sino más bien que su papel, privados del necesario espacio de maniobra, fue marginal dentro de un choque claramente hoplítico. Es posible que, además de los mercenarios de Ifícrates, participaran en la acción hoplitas atenienses – que Jenofonte no menciona –, pues de otra forma no se comprende el lamento de Platón (*Menéxeno* 245e) por la pérdida de valerosos atenienses *Λεχάϊω προδοσίᾳ*, «en la traición de Lequeo». Sobre Ifícrates y sus innovaciones tácticas, véase ahora FORNIS 2004, con la literatura anterior.

trataba de sicionios y no mostraron temor. Jenofonte encomia el sacrificio de Pasimaco y muchos de sus compañeros, que murieron batiéndose contra fuerzas muy superiores.

Sin embargo, los hoplitas lacedemonios salieron airosos de su choque con los corintios de la ciudad y acudieron en ayuda de los sicionios, sorprendiendo a los argivos por la espalda. Éstos, nerviosos, se lanzaron a la carrera fuera de la empalizada; los del extremo derecho fueron heridos por el costado desprotegido, mientras la mayoría se retiraba atropelladamente hacia las murallas de la ciudad, donde se toparon con los exiliados corintios, que habían superado a sus oponentes. En la confusión unos argivos subieron por las escalas y se precipitaron desde lo alto de la muralla, otros perecieron a golpes cerca de las escalas, otros murieron asfixiados y pisoteados por sus compañeros. Jenofonte, que atribuye a la providencia divina la masacre causada entre los argivos, escribe: « En poco espacio cayeron tantos que, hombres acostumbrados a ver montones de trigo, de madera, de piedra, esta vez contemplaron montones de cadáveres ». Como corolario de la victoria, Praxitas atacó Lequeo, exterminó a los guardias beocios en el puerto (ἐν τῷ λιμένι) y, si bien no cabe absoluta certeza, parece que lo capturó<sup>14</sup>.

Poco después argivos y corintios reclamaron sus muertos bajo tregua y llegaron por fin los aliados de los lacedemonios, con los cuales Praxitas procedió a abrir una brecha en la muralla que permitiese el paso de un ejército. Cumplida esta labor, Praxitas organizó y condujo una expedición más allá del Istmo en la que capturó al asalto Sidunte y Cromión, pequeños puertos corintios en el golfo Sarónico, donde dejó sendas guarniciones, y también construyó un fuerte en Epiecea, área abrupta fronteriza entre la Corintia y la Sicionia – sin duda para proteger mejor a los sicionios, cuya cooperación había sido y seguiría siendo fundamental para los espartanos –, para por último disolver el ejército y retirarse a Lacedemonia<sup>15</sup>.

La pérdida de los puertos corintios y los daños causados por las razzias de los lacedemonios y los exiliados corintios en la campaña – y presumiblemente en el *diólchos* – causaron sin duda un severo perjuicio económico al ya maltrecho balance comercial de un Estado que, como principal teatro de operaciones, estaba sufriendo de manera muy directa las consecuencias de la guerra<sup>16</sup>. Pero además geoestratégicamente, las acciones de Praxitas no sólo habían puesto en serio peligro el control aliado del Istmo, al dificultar las comunicaciones entre los cuatro estados fundadores del sinedrón

(14) Aunque de Diodoro (XIV, 86, 2-4) y Andócides (*Sobre la paz con los lacedemonios* 18) se infiere que los espartanos ocuparon Lequeo (en el Sículo la toma del puerto por Praxitas precede al enfrentamiento con los confederados), Jenofonte no lo dice explícitamente y puesto que meses más tarde si es seguro que Teutias se apodera de las naves y los arsenales de Lequeo, nos encontramos ante la disyuntiva de que o bien Praxitas no culminó la empresa o bien, más probablemente, el puerto fue recuperado inmediatamente por los aliados en el invierno de 392/1, como sostienen TREVES 1937, p. 125, ACCIARI 1951, p. 108-109, AUCELLO 1964, p. 43-44, LARSEN 1968, p. 167, HAMILTON 1979, p. 251, 280, COOK 1981, p. 388-390, 412-413 (para quien Jenofonte pasaría por alto la captura de Praxitas a fin de dar más relieve a la obra de Agesilao y su hermano Teutias; TUPLIN 1986, p. 56, 70 cree que no hay más razón que la de que el historiador ateniense se distraja con la matanza espartana de sus adversarios y no expuso con claridad el ataque al puerto), BUCK 1994, p. 53 y PASCOA 1995, p. 839-840. En este sentido un testimonio que no ha sido invocado y que corroboraría que Praxitas se retiró con el puerto es Iseo (*Sobre la sucesión de Dicoógenes* 37), a propósito de una suscripción pública decretada por la Asamblea ateniense «cuando fue tomado Lequeo» (ὅτε Λέχαιον ἐάλω). A pesar de la elipsis, creemos que el testimonio de Jenofonte es sustancialmente válido y preferible al de Diodoro, con su inversión del orden cronológico de los acontecimientos. En el orden de cosas cabe incidir en que, como lamentaba WISEMAN 1978, p. 87-88, el área de Lequeo no ha sido apenas sometida al escrutinio de la Arqueología, lo que nos habría permitido conocer mucho más del tráfico comercial que soportaba el principal puerto de la ciudad de Corinto.

(15) Jenofonte (*Helénicas* IV, 4, 7-13); cf. Diodoro (XIV, 86, 2-4), que da una cifra aproximada de mil bajas entre las fuerzas de la coalición. SALMON 1984, p. 336 n. 45, 363 sospecha que Praxitas pudo así mismo dañar o inutilizar el *diólchos*, la vía pavimentada utilizada por todo tipo de naves para cruzar del golfo Sarónico al Corintio y viceversa, dado que el trabajo de construcción de VERDELIS 1962 ha permitido constatar que éste sufrió reparaciones a finales del siglo V o principios del IV.

(16) Sobre los daños económicos sufridos por Corinto y su reflejo en el tejido social, *vid. infra* y FORNIS 2001, p. 216-217, 222.

con el diseño de una línea defensiva a través de Sición, Epiecea, Lequeo, Sidunte y Cromión, que abría la posibilidad de invasión del Ática y Beocia, ahora tanto por la ruta occidental como por la oriental (*vid. supra*), sino que a la vez significaron el abandono de Río por la flota corintia y consecuentemente de su efímero dominio del golfo Corintio<sup>17</sup>. Los coligados tomaron conciencia enseguida de la perentoria necesidad de reconstruir los Muros Largos a Lequeo destruidos por Praxitas, no sin antes haber recapturado el puerto en el invierno de 392/1<sup>18</sup>. Del cometido se encargaron los atenienses, que acudieron en masa (πανδημει) con canteros y carpinteros para completar en pocos días la reparación de la parte que miraba a poniente y, por tanto, al campo enemigo, en tanto que fortificaron la de levante con mayor tranquilidad. Sabemos por Iseo que la Asamblea ateniense decretó una suscripción pública de carácter voluntario justo después de la toma de Lequeo por los lacedemonios<sup>19</sup>, una medida excepcional que se ha sugerido con alto grado de fundamento que pudo estar destinada a sufragar, al menos en parte, los salarios de los obreros y los costes de las obras de restauración de los Muros Largos<sup>20</sup>. La exclusiva responsabilidad ateniense en esta empresa puede explicarse porque sean ahora ellos los encargados de su vigilancia y protección, mientras los argivos defienden la ciudad misma – igual que hemos visto que los beocios se encargaban del puerto<sup>21</sup> –, una vez comprobada la imposibilidad de confiar en unos ciudadanos corintios divididos en sus lealtades y que, en consecuencia, podían repetir la traición. De poco sirvió la cautela, puesto que antes de finalizar el año 391, tras haber llevado la guerra por primera vez a la *chóra* argiva<sup>22</sup>, el rey espartano Agesilao II se apoderó de los Muros Largos mientras su

(17) SALMON 1984, p. 363; PASCUAL GONZÁLEZ 1995, p. 841.

(18) Este último detalle no es mencionado por ninguna fuente, pero las tareas de reconstrucción de los Muros Largos difícilmente habrían sido posibles sin haber tomado con anterioridad el puerto de Lequeo (*vid. supra* n. 14) y se ve corroborado por el hecho de que hubiera naves enemigas fondeadas en el puerto en el momento en que Teleutias lo recupera para los espartanos (*vid. infra*).

(19) Iseo (*Sobre la sucesión de Dicoógenes* 37-38).

(20) Migeotte 1992, p. 13.

(21) Que los beocios estuvieran acantonados por separado no es síntoma inequívoco de disensiones internas en el seno de la coalición, como quiere COOK 1981, p. 390-391, sino que puede explicarse perfectamente por razones estratégicas. Serán sucesivos acontecimientos en la Corintia, relacionados con la *stásis* permanente y con el peligro que ésta entraña para el control aliado de la ciudad – y no con unos supuestos celos beocios del resurgimiento ateniense, según aventura la autora norteamericana –, los que vengan a poner de manifiesto tensiones entre los coligados (sobre todo entre atenienses y argivos). PASCUAL GONZÁLEZ 1995, p. 840 piensa que la guarnición beocia constaba de un *lóchos* de trescientos hombres (lo habitual en estos casos), insuficiente como para haber participado en un ataque conjunto con los aliados que defendían la ciudad frente a unos enemigos cuyo número estima en 2.500-3.000.

(22) Efectivamente ésta es la primera vez que las huestes lacedemonias hollan la Argólide, devastando la campaña de forma sistemática y sin encontrar apenas oposición, dado que el grueso de las fuerzas argivas estaba concentrado en Corinto y el istmo: Diodoro (XIV, 97, 5); Jenofonte (*Helénicas* IV, 4, 19 y *Agesilao* 2, 17, donde Jenofonte añade como causa de la invasión que los argivos se habían apoderado de Corinto, eventualidad que nosotros rechazamos: cf. FORNIS 2001, p. 219 con n. 10). La decisión parece estar relacionada con el reciente fracaso de las negociaciones de paz en Sardes y Esparta (sobre las cuales, consúltese FORNIS 2005), en las que, a juzgar por las críticas vertidas por Andócides (*Sobre la paz con los lacedemonios* 27), los argivos fueron los más tenaces en la beligerancia, en buena medida porque no habían sufrido los desastres de la guerra en carne propia gracias a una curiosa *idíā eirḗnē* («paz privada»), sin duda una suerte de *πατρία εἰρήνη* o «paz ancestral» vigente con Esparta hasta ese momento, como viera bien PAYRAU 1961 y mucho después ALONSO TRONCOSO 1999, *passim*, esp. p. 74-75 (mejor que pensar, con MOMIGLIANO 1936, p. 99-100, que el orador se está refiriendo a la artimaña argiva de mover e invocar la tregua sagrada, *σπονδαί*, del mes Carneio cada vez que presentían un ataque lacedemonio, como vemos en Jenofonte [*Helénicas* IV, 7, 2-3]). Ahora bien, aceptado este extremo, ¿por qué los lacedemonios no volvieron a visitar los campos argivos hasta tres años después? o, como ya se preguntaba Payrau (p. 19), «si cette paix héréditaire existait vraiment entre Sparte et Argos, pourquoi, tout à coup, les Lacédémoniens ne l'ont-ils plus respectée au printemps de 391?». Después de todo no debemos dejar de lado las consideraciones estratégicas: puesto que a Esparta no le era posible destacar a la vez fuerzas a todos los frentes abiertos, a Argos le llegó el turno después de que las hostilidades en Grecia central quedaran prácticamente cerradas y la situación en el istmo de Corinto se percibiera como definitivamente estancada, justo antes además de enzarsarse en una guerra naval con Atenas en el Egeo.

hermanastro Teleutias capturaba de nuevo Lequeo con naves enemigas, muelles y arsenales en una rauda operación terrestre y marítima ejecutada el mismo día<sup>23</sup>.

Pero los espartanos no pudieron, o no supieron, aprovechar esta gran ventaja estratégica que rompía la dinámica diletante en que había entrado el conflicto. Agesilao se dedicó todo lo más a apoyar a los exiliados corintios en sus acciones de depredación – una peculiar forma de *ληστεία*<sup>24</sup> – sobre la *chóra* corintia, como la *razzia* que al año siguiente, 390, devasta el *Peiraion* y la llanura litoral y que, si bien es cierto que procuraban prisioneros y un sustancioso botín, perjudicando gravemente los intereses económicos corintios y agudizando la fractura social dentro de una ciudad en permanente *stásis*, carecían de reflejo inmediato en el curso general de la guerra<sup>25</sup>. Además, sus éxitos en el Istmo pronto se verían empañados por la espectacular aniquilación de una *móra* lacedemonia por los peltastas mercenarios de Ificrates, quien además recuperó el fuerte (*phróurion*) de Enoe y los pequeños enclaves (*kômai*) fortificados de Sidunte y Cromión, con salida al golfo Sarónico, desde los cuales los lacedemonios causaban serios daños en las cosechas corintias<sup>26</sup>.

Desde este momento, final de la estación de campaña de 390, la guerra parece ser cosa de Atenas y Esparta, que miden sus fuerzas en las aguas y en la perea litoral de Asia Menor, región de exclusivo interés ateniense, en tanto que los demás teatros bélicos, y particularmente el istmo de Corinto, pierden importancia en consonancia con el escaso compromiso, casi indolencia, mostrada por argivos, corintios y beocios, poco dispuestos a contribuir a lo que se percibía ya claramente con una reconstrucción de la *arché* naval ateniense. De éstos, los dos primeros conservaron guarniciones en el Istmo que protagonizaban escaramuzas de baja intensidad y sin trascendencia en la evolución general del conflicto. Mientras, en Grecia central, después del primer año de guerra las fuentes no vuelven a referirse al conflicto que enfrentaba a Tebas y a la mayor parte de la confederación beocia con Orcómeno y Fócide, aunque, a juzgar por las palabras de Andócides<sup>27</sup>, debió de continuar como una guerra de desgaste que se cobraba hombres y propiedades. No en vano, faltos de expectativas, apenas interesados por otros teatros de la guerra y presumiblemente padeciendo un recrudescimiento de la lucha faccional interna, los tebanos se muestran dispuestos a aceptar la propuesta de paz espartana del invierno de 392/1 – incluso cuando habrían de reconocer con ella la independencia de Orcómeno de la liga federal –, si bien al final no llevaron a cabo su designio<sup>28</sup>.

(23) Jenofonte (*Helénicas* IV, 4, 18-19 y *Agesilao* 2, 17, que incluye un recuerdo a la madre de su héroe Agesilao y de Teleutias, a la que Jenofonte imagina orgullosa por las gestas de sus hijos); sin embargo, el historiador ateniense, que siempre presenta a Teleutias bajo una luz favorable por su asociación con Agesilao (WESTLAKE 1966, p. 251-253; LENGAUER 1979, p. 116), omite cualquier alusión embarazosa al modo y el contexto en que Teleutias es nombrado navarco, un ejemplo claro de nepotismo por parte del rey euripóntida, tal y como se desprende de Plutarco (*Agesilao* 21, 1). Agesilao había visto notablemente reforzada su posición de poder en el vértice de la sociedad espartiana como consecuencia de su reciente descubrimiento del complot de Lisandro y de la juventud de su colega en el trono Agesipolis, factores ambos que Plutarco explicita en el capítulo anterior.

(24) Como aclara FERONE 1997, p. 71, «la *ληστεία* dei dissidenti politici che praticano la guerriglia si differenzia nettamente dalla pirateria vera e propria, in quanto l'azione di rapina dei beni non è diretta contro tutti indistintamente e lo scopo perseguito non è, o almeno non lo è esclusivamente, il profitto privato, ma il danneggiamento delle risorse economiche della fazione politica avversaria per costringerla alla capitolazione». Este tipo de acciones tienen un claro antecedente en el episodio de Pilos, durante la guerra arquidámica (Tucídides IV, 3-14), cuando Demóstenes, el imaginativo general ateniense, puso de relevancia la gran utilidad estratégica del *epiteichismós*, una plaza fortificada en la campiña enemiga desde la cual mesenios en el exilio efectuaban *razzias* y acogían a los hilotas (mesenios) que huían de sus amos espartiatas.

(25) Jenofonte (*Helénicas* IV, 5, 3-10 y *Agesilao* 2, 18); cf. FORNIS 2001, p. 222.

(26) Jenofonte (*Helénicas* IV, 5, 11-19); véase FORNIS 2004, p. 78-82. Para una identificación, descripción del área y breve sumario de los restos hallados y la historia de Sidunte y Cromión, consúltese con beneficio WISEMAN 1978, p. 17-20; más completa es la identificación del fuerte de Enoe, que cumplía una función de puesto de vigilancia (*ibid.*, p. 28-32).

(27) Andócides (*Sobre la paz con los lacedemonios* 20).

(28) Andócides (*Sobre la paz con los lacedemonios* 13, 20 y 28); cf. FORNIS 2005, p. 290.

No obstante, constatamos por estos años la participación de «algunos (τίτες) beocios y atenienses» al lado de los acarnanios en los ataques sobre Calidón, al norte del golfo Corintio, que junto con Naupacto había pasado con el cambio de siglo a formar parte de la confederación aquea –la integración había sido plena, con la concesión de la ciudadanía aquea a sus habitantes –, con la aquiescencia de Esparta, lo cual había generado una escalada de la tensión en la región noroccidental<sup>29</sup>. No sabemos desde cuándo se venía produciendo el hostigamiento acarnanio sobre estas plazas que los aqueos mantenían al otro lado del golfo debido al deficiente registro que Jenofonte hace de los acontecimientos acaecidos más allá del Istmo, pero lo cierto es que a comienzos de 389 la situación debió de volverse tan insostenible como para los aqueos solicitaran de modo imperativo la ayuda espartana<sup>30</sup>.

Aunque las palabras de Jenofonte implican que no existió una movilización general del ejército federal beocio, parece claro que el oeste continental interesaba indirectamente a unos tebanos inquietos por los acontecimientos en esta vecina área geopolítica, donde podían contemplar la posibilidad de tejer una sistema de alianzas que otorgara mayor fuerza a su hegemonía en Grecia central<sup>31</sup>. La participación ateniense, por testimonial que fuera, no debe extrañar si se piensa que el *koinón* acarnanio era tradicional aliado de Atenas, aunque las relaciones entre ambos pueblos fueran más tácitas que formales, sustentadas en las redes de hospitalidad (*xenia*) desplegadas por prominentes personajes de la arena política ateniense<sup>32</sup>. De hecho los acarnanios no habían tardado en responder al llamamiento de los miembros del Consejo de Corinto para estar presentes ya en la batalla de Nemea<sup>33</sup>. Como trasfondo la campaña acarnania tenía un interés añadido para el grueso del «pacto de Corinto» en la posibilidad de arrebatarse a la confederación aquea los puertos de Calidón y Naupacto, que permiten establecer un control sobre la entrada del golfo de Corinto – las trirremes atenienses utilizaban ya la base acarnania de Eniade, también en la boca del golfo, sin que podamos olvidar el rosario de colonias corintias que jalonaban la costa noroccidental en la principal ruta a la Magna Grecia<sup>34</sup> –, máxime cuando otro enclave estratégico como es el puerto corintio de Lequeo seguía en poder de los lacedemonios<sup>35</sup>. Con todo, no hay rastro de intervención de corintios, de argivos ni de ningún otro aliado, por lo que esta campaña se convierte en un ejemplo más del desigual e interesado esfuerzo bélico de los miembros del sinedrio de Corinto<sup>36</sup>.

(29) Jenofonte (*Helénicas* IV,6,1 y 14); Diodoro (XIV, 34, 2-3 y XV,75). Cf. LARSEN 1968, p. 85, 167; MERKER 1989, p. 303-305, quien sin embargo sitúa el paso de Naupacto a control aqueo varios años más tarde, en el contexto de la expedición de Agesilao contra los acarnanios de 389.

(30) Jenofonte (*Helénicas* IV, 6, 1-2).

(31) COOK 1981, p. 444-447, donde acertadamente critica la tesis de RYDER 1965, p. 26, 33, según la cual el horizonte de una hipotética aplicación de la cláusula de autonomía que disolviera la confederación pudo llevar una inquietud a las ciudades beocias que mermara la política exterior federal; coincidimos con Cook en que la inactividad beocia se explica mejor por un claro desinterés por la suerte de escenarios bélicos ajenos como el istmo de Corinto y el Egeo.

(32) Casos de Formión y Demóstenes durante la guerra arquidámica, para los cuales véase FORNIS 1999, p. 43-46.

(33) Jenofonte (*Helénicas* IV, 2, 17); Diodoro (XIV, 82, 2). Cf. FORNIS 2003, p. 145.

(34) En FORNIS 1997 sostuvimos que desde el tiempo de los tiranos cipsélicas el estado corintio fue construyendo en el noroeste continental una auténtica *arché* o imperio y no una *koiné* de naturaleza comercial como se venía creyendo, sustentada en relaciones de dependencia que revestían diferentes formas.

(35) LARSEN 1968, p. 167; BUCK 1994, p. 57; PASCUAL GONZÁLEZ 1995, p. 873.

(36) Las *symmachiai* concertadas bilateralmente entre los estados vinculados al Consejo de Corinto eran de naturaleza estrictamente defensiva y, puesto que Acarnania no había visto violentadas sus fronteras, más bien al contrario, esta campaña tiene toda la apariencia de ser ofensiva, los aliados tenían el derecho a su favor para no concurrir a la misma. Ésta nos parece mejor explicación que un descuido de Jenofonte al no mencionar al resto de aliados o que los acarnanios estuvieran formalmente unidos por tratado sólo a beocios y a atenienses (posibilidades todas recogidas por ALONSO TRONCOSO 1997, p. 57-58).



Los espartanos fueron sensibles a las quejas aqueas, no sólo por la velada amenaza de retirarse de la liga del Peloponeso y firmar la paz por separado de la que fueron acompañadas, sino porque si Calidón o Naupacto pasaban a manos enemigas podía peligrar la ruta que, cruzando el golfo, conectaba el norte del Peloponeso con Grecia central, lo que les afectaba de manera mucho más directa. De esta forma Agesilao se puso al mando de dos *móras* lacedemonias – una tercera parte de su ejército – y de la parte proporcional del ejército de los aliados, a excepción de los aqueos, que aportaron la leva completa. El rey euripóntida pasó en Acarnania toda la estación bélica del año 389, durante la cual arrasó y quemó a conciencia los campos y se apoderó de gran cantidad de ganado (bueyes, caballos y toda clase de animales) y esclavos, que los acarnanios habían concentrado en torno al lago Triconas, pero el hostigamiento continuo al que le sometían las tropas subhoplíticas acarnanias –no parece existir participación beocia ni ateniense en la defensa de la *chóra* acarnania-, mejor adaptadas al terreno abrupto<sup>37</sup>, le impidió tomar alguna ciudad, promover defecciones o realizar logros más consistentes que la mera colecta de botín, por importante que éste fuera, al menos en opinión de sus aliados aqueos<sup>38</sup>. Pese a todo el daño económico fue suficiente como para que, a comienzos de la siguiente campaña estival, la de 388, enfrentados a una nueva movilización del ejército lacedemonio, los acarnanios hicieran la paz con los aqueos y se unieran, temporalmente y bajo coerción bien es cierto, a la liga del Peloponeso<sup>39</sup>. Como consecuencia, la pérdida de Acarnania, unida a la neutralidad de Etolia, erradicaba toda influencia de los coligados de la costa

(37) A diferencia de lo sucedido con el batallón de Lequeo (cf. FORNIS 2004, p. 76 con n. 28), Agesilao sale airoso del acoso continuo al que le someten los peltastas acarnanios desde las alturas, logra matar a unos trescientos y erige un trofeo; TUPLIN 1993, p. 73-74 se pregunta si la respuesta sugerida por Jenofonte a este resultado tan dispar es religiosa más que táctica, dado que el polemenco de Lequeo no realizó, como si hizo el rey, los preceptivos sacrificios previos al combate.

(38) Para los pormenores estratégicos y los detalles topográficos de esta campaña, véase LANDGRAF, SCHMIDT 1996. Pese a las aparentes discrepancias entre espartanos y aqueos, LARSEN 1968, p. 168 valora la alianza con la confederación aquea como una de las más fructíferas de las instrumentalizadas por Esparta y lo explica porque «hubo escaso conflicto de intereses entre el estado grande y el pequeño».

(39) Jenofonte (*Helénicas* IV, 6, 3-7, 1 y *Agesilao* 2, 20, donde bajo la influencia encomiástica que inspira la obra Jenofonte engorda la alianza auspiciada por Agesilao con los etolios y los argivos de Auliloquia, cosa nada probable [véase más abajo en esta nota]); cf. también Diodoro (XV, 31, 2); Plutarco (*Agesilao* 22, 9-11); Polieno (II, 1, 1 y 1, 10); Pausanias (III, 10, 2). Jenofonte asegura que Agesilao prefirió volver la primavera siguiente, cuando el grano de la cosecha estuviera suficientemente maduro como para ser más sentida su pérdida (en este sentido ya Tucídides I, 82, 4), en lugar de escuchar a los aqueos, que le insistían para que se quedara y evitara la siembra otoñal de los campos acarnanios; en similares términos Polieno, según el cual lo permitió porque «si tenían frutos por los que temer, desearían más la paz. Y si no deseaban de verdad la paz, entonces, dijo, habrán sembrado para nosotros». Cabe recordar así mismo que, puesto que una escuadra ateniense operaba en la cercana base naval acarnania de Eniade, obstaculizando la partida de naves desde Calidón al Peloponeso, el regreso a casa de Agesilao entre ambas estaciones de campaña fue posible gracias al consentimiento etolio para que atravesara su territorio y alcanzara Río – «por caminos tales que ni muchos ni pocos podrían recorrerlos contra la voluntad de los etolios», dice Jenofonte – en la esperanza, que se probó vana, de que con tal gesto los espartanos intercederían para que Naupacto pasara a manos etolias. Los etolios parecen observar una política de neutralidad en la guerra de Corinto, pero combatieron a los espartanos en la del Peloponeso y luego, según Diodoro (XIV, 17, 9), enviaron mil hoplitas selectos para apoyar a los eleos en su desigual lucha contra Esparta. KELLY 1978 cree que corresponde a este momento el tratado de alianza firmado por Esparta con el *étnos* etolio de los erxadias (en la parte perdida del epigrafe acaso se relacionaban otros grupos del *koinón* etolio), con el objetivo de desmantelar el incipiente estado federal etolio y poder controlar mejor a sus miembros por separado. Puesto que la inscripción se encuentra en estado fragmentario, la crítica interna del texto no aporta elementos de datación y sobre bases estilísticas tanto puede pertenecer al siglo V como al IV, a los estudiosos sólo les ha quedado buscar el contexto histórico en el que mejor encajar la alianza, siempre con altas dosis de especulación (otras opciones: Peek y Gschnitzer fecharon el tratado en la primera mitad del siglo V, Meiggs y Cartledge hacia 426, en relación con la campaña etolia del ateniense Demóstenes y el espartano Euriloco, Lewis en torno a 396). En cuanto a Naupacto, cuando Epaminondas lo liberó veinte años después, todavía encontró allí una guarnición aquea (Diodoro XV, 75). El estratégico enclave finalmente sería entregado por Filipo II a los etolios después de Queronea, cumpliendo así una promesa hecha cinco años antes: Teopompo (FGrH 115 F 235); Demóstenes (*Tercera Filipica* 34). Sobre los etolios en general, cf. ANTONETTI 1992.

norte del golfo Corintio y, lo que es más grave, malograba cualquier posibilidad de establecer un control sobre la entrada del mismo.

Resuelto este frente, Esparta decide en la estación estival de 388 encauzar su esfuerzo bélico terrestre hacia la Argólide, no sólo por el temor, verbalizado por Jenofonte, de que cualquier campaña dirigida contra atenienses o beocios dejaría a la espalda una ciudad grande, hostil y fronteriza con Lacedemonia, sino por las razones expuestas más arriba a propósito de la campaña de Agesilao en 391<sup>40</sup>. Esta vez el responsable de conducir la expedición fue el rey Agesípolis, que tras realizar los preceptivos sacrificios de frontera consultó los oráculos de Olimpia y Delfos para asegurarse de contar con la sanción divina, máxime cuando los argivos alegaban la vigencia de una tregua sagrada que convenientemente desplazaban en el calendario cada vez que emergía la amenaza lacedemonia. Obtenido el beneplácito de Zeus y Apolo, Agesípolis reunió a las tropas en Fliunte e invadió la Argólide a través de Nemea. Según Jenofonte el rey agitada «se lanzó inesperadamente sobre ellos [los argivos]» (ἄτε ἀπροσδοκῆτως αὐτοῖς ἐμβαλῶν), lo cual indica que los cogió desprevenidos y no dispusieron del tiempo necesario para poner a salvo sus bienes muebles<sup>41</sup>. Tampoco encontró una nutrida defensa, pues el grueso del ejército argivo había salido en campaña hacia Lacedemonia y presumiblemente sólo quedarían los reservistas apoyados por un contingente de caballería beocia. Un temblor de tierra, al que Agesípolis dio una singular lectura – en lugar del habitual obstáculo divino lo interpretó como un signo positivo, un respaldo de los dioses –, no frenó la ambición del rey en la prosecución de una campaña que asoló la *chóra* argiva hasta los muros mismos de la ciudad – los argivos cerraron las puertas por temor a que penetrasen los lacedemonios y dejaron fuera a los jinetes beocios, que hubieron de «pegarse a los muros como murciélagos» –, de una forma tan sistemática que Jenofonte asegura que Agesípolis anhelaba superar, como si de un atleta de pentatlón se tratara, los daños causados por su colega en el trono Agesilao tres años antes (ὡς περ πένταθλος πάντη ἐπὶ τὸ πλεον ὑπερβαλλεῖν ἐπειρᾶτο). Los estragos sufridos por la cosecha fueron lo suficientemente importantes como para que los argivos necesitaran comprar grano a sus teóricos enemigos mantineos<sup>42</sup>. Sólo nuevos presagios divinos – la caída de un rayo que mató e hirió a algunos de sus hombres y un sacrificio desfavorable – convencieron a Agesípolis de la necesidad de disolver el ejército y dar por concluida una campaña que sin duda limó la belicosidad argiva con vistas a la reanudación de los contactos diplomáticos el año siguiente<sup>43</sup>.

Como conclusión podemos decir que estas campañas «olvidadas» de la guerra de Corinto, de las que Jenofonte es nuestro principal testigo e informador, son más importantes de lo que se acostumbra a reconocer por los estudiosos<sup>44</sup>. Según hemos podido comprobar, la paulatina erosión de recursos y hombres que producía esta guerra de desgaste tenía una clara y directa influencia sobre el ánimo beligerante de los principales estados implicados, cuyo tejido social y económico se resentía, en unos casos de manera dramática, con el brote de la *stásis* o conflicto civil, como sucede

(40) Vid. *supra* n. 22.

(41) TUPLIN 1993, p. 73.

(42) El hecho, demostrativo de que el comercio o el negocio no está reñido con la guerra, será esgrimido por Esparta como argumento para ejercer su brutal represalia sobre Mantinea en 385 (Jenofonte *Helénicas* V, 2, 2 no tiene indicación de tiempo, por lo que también podría aplicarse a la campaña desencadenada contra Argos por Agesilao en 391, igual de efectiva y dañina). ALONSO TRONCOSO 1999, p. 75 sospecha que mantineos y argivos mantenían «una suerte de *epimeixía* de facto o de iure (a cubierto quizá de algún acuerdo de asistencia judicial)» en vigor por la inexistencia de un conflicto abierto, total. De haber sido así, la hipocresía de los lacedemonios no tendría límites al ajustar cuentas con su aliado y ello hubiera tenido algún eco en las fuentes.

(43) Jenofonte (*Helénicas* IV, 7).

(44) Sobre la toma de decisiones previas a las campañas a menudo «olvidadas» por la historiografía, cf. RICHER 1998, p. 324-336.

en Corinto, en otros de manera más atemperada, como sucede en Beocia y Argos. El resultado es elocuente por sí mismo: desde el año 389 la guerra de Corinto fue dirimida entre las dos *póleis* activamente implicadas en sus respectivos proyectos de construcción imperial, Esparta de una parte, Atenas de otra.

César FORNIS  
Universidad de Sevilla

#### Bibliografía

- ACCAME, S. 1951: *Ricerche intorno alla guerra corinzia*, Nápoles.
- ALFIERI TONINI, T. 1972: «L'ultima fase della carriera politica di Trasibulo», *RIL* 106, 122-148.
- ALONSO TRONCOSO, V. 1997: «Tratados y relaciones de alianza en la guerra de Corinto», *RSA* 27, 21-71.
- , 1999: «395-390/89 a.C., Atenas contra Esparta: ¿De qué guerra hablamos?», *Athenaeum* 87, 57-77.
- ANTONETTI, C. 1992: *Les Etoliens. Image et religion*, París.
- AUCELLO, E. 1964: «Ricerche sulla cronologia della guerra corinzia», *Helikon* 4, 29-45.
- BELOCH, K.J. 1923: *Griechische Geschichte*, III, 2, Berlín-Leipzig<sup>2</sup>.
- BUCK, R.J. 1994: *Boeotia and the Boeotian League, 432-371 B.C.*, Edmonton.
- , 1998: *Thrasybulus and the Athenian Democracy. The Life of an Athenian Statesman*, *Historia Einzelschriften* 120, Stuttgart.
- CARPENTER, R., BON, A. 1936: *Corinth III, 2. The Defenses of Acrocorinth and the Lower Town*, Cambridge (Mass.).
- COOK, M.L. 1981: *Boeotia in the Corinthian War. Foreign Policy and Domestic Politics*, Tesis Doctoral Universidad de Washington.
- FERONE, C. 1997: *Lesteia. Forme di predazione nell'Egeo in età classica*, Nápoles.
- FORNIS, C. 1997: «La polis como metrópoli: Tucídides y el imperio colonial corintio», en D. Plácido, J. Alvar, J.M. Casillas y C. Fornis (eds.), *Imágenes de la Polis, I Reunión de Historiadores del Mundo Griego Antiguo*, Madrid, 63-87.
- , 1999: *Estabilidad y conflicto civil en la guerra del Peloponeso. Las sociedades corintia y argiva*, BAR IS 762, Oxford.
- , 2001: «Identidad corintia e identidad argiva en la 'unión' de 392-386 a.C.», en P. López Barja y S. Reboreda (eds.), *Fronteras e identidad: III Reunión de Historiadores del Mundo Griego Antiguo*, Santiago de Compostela y Vigo, 207-226.
- , 2003: «Μάχη κρατείν en la guerra de Corinto: las batallas hoplíticas de Nemea y Coronea (394 a.C.)», *Gladius* 23, 141-159.
- , 2004: «Τὸ ξενικὸν ἐν Κορίνθῳ: Ifícrates y la revolución subhoplítica», *Habis* 35, 71-86.
- , 2005: «La imposible paz estable en la sociedad griega: ensayos de *koinè eiréne* durante la guerra de Corinto», *SHHA* 23, 269-292.
- FOWLER, H.N., STILLWELL, R. 1932: *Corinth I, 1: Introduction, Topography, Architecture*, Cambridge (Mass.).
- HAMILTON, C.D. 1979: *Sparta's Bitter Victories. Politics and Diplomacy in the Corinthian War*, Itaca y Londres.
- JUDEICH, W. 1926: «Die Zeit der Friedesrede des Andokides», *Philologus* 81, 141-154.
- KELLY, D.H. 1978: «The New Spartan Treaty», *LCM* 3, 133-141.
- LANDGRAF, R., SCHMIDT, G. 1996: «Der Feldzug des Agesilaos im korinthischen Krieg», en P. Berktold et alii (Hrsg.), *Akarnanien*, Würzburg, 105-112.

- LARSEN, J. A. O. 1968: *Greek Federal States. Their Institutions and History*, Oxford.
- LENGAUER, W. 1979: *Greek Commanders in the 5th and 4th Centuries B.C. Politics and Ideology: A Study of Militarism*, Varsovia.
- MERKER, I.L. 1989: «The Achaians in Naupaktos and Kalydon in the Fourth Century», *Hesperia* 58, 303-311.
- MEYER, E. 1902: *Geschichte des Alterthums V*, Stuttgart y Berlín.
- MOMIGLIANO, A. 1936: «Per la storia della pubblicistica sulla κοινή ειρήνη nel IV secolo a.C.», *ASNP* 5, 97-123 (reimpreso en *Terzo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico* 1, Roma, 1966, 458-465).
- PASCUAL GONZÁLEZ, J. 1995: *Tebas y la confederación beocia en el periodo de la guerra de Corinto (395-386 a.C.)*, Tesis Doctoral microfilmada, Universidad Autónoma de Madrid.
- PAYRAU, S. 1961: «Sur un passage d'Andocide (*Paix*, 27)», *REA* 63, 15-30.
- PERLMAN, S. 1968: «Athenian Democracy and the Revival of Imperialistic Expansion at the Beginning of the Fourth Century B.C.», *CPh* 63, 257-267.
- PRITCHETT, W. K. 1974: *The Greek State at War*, Part II, Berkeley, Los Angeles y Londres.
- RICHER, N. 1998: *Les éphores. Études sur l'histoire et sur l'image de Sparte (VIII<sup>e</sup>-III<sup>e</sup> siècles avant J.-C.)*, Paris.
- RYDER, T. T. B. 1965: *Koine Eirene. General Peace and Local Independence in Ancient Greece*, Oxford.
- SALMON, J. B. 1984: *Wealthy Corinth. A History of the City to 338 B.C.*, Oxford.
- SEAGER, R. 1967: «Thrasylbulus, Conon and Athenian Imperialism 396-386 B.C.», *JHS* 87, 95-115.
- SEALEY, R. 1956: «Callistratos of Aphidna and his Contemporaries», *Historia* 5, 178-203.
- TREVES, P. 1937: «Note sulla guerra corinzia», *RFIC* 15, 113-140 y 278-283.
- TUPLIN, C. 1986: «Military Engagements in Xenophon's *Hellenica*», en I. S. Moxon, J. D. Smart y A. J. Woodman (edd.), *Past Perspective. Studies in Greek and Roman Historical Writing*, Cambridge, 37-66.
- , 1993: *The Failings of Empire. A Reading of Xenophon Hellenica 2.3.11-7.5.27*, *Historia Einzelschriften* 76, Stuttgart.
- VERDELIS, N. M. 1962: «Ἀνασκαφή τοῦ Διόκλου», *Praktika*, 48-50.
- WESTLAKE, H. D. 1966: «Individuals in Xenophon, *Hellenica*», *BRL* 49, 246-269 (reimpreso en *Essays on the Greek Historians and Greek History*, Manchester, 1969, 202-225).
- WILCKEN, U. 1941: *Über Entstehung und Zweck des Königsfriedens*, *Abhandlungen der Preussischen Akademie der Wissenschaften* 15, Berlin.
- WISEMAN, J. 1978: *The Land of the Ancient Corinthians*, *Studies in Mediterranean Archaeology* 50, Gotemburgo.